





**LOS
MITOS
DE LA
SEGUNDA
GUERRA
MUNDIAL 2**





Bajo la dirección de

Jean Lopez

Olivier Wieviorka

**LOS
MITOS
DE LA
SEGUNDA
GUERRA
MUNDIAL 2**

Traducción de Jaime Arrambide

Lopez, Jean

Los mitos de la Segunda Guerra Mundial 2 / Jean Lopez ; Olivier Wieviorka. - 1a ed.
- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2018.
320 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Jaime Arrambide.
ISBN 978-950-02-0957-1

1. Divulgación. 2. Historia. 3. Guerra Mundial. I. Wieviorka, Olivier II. Arrambide,
Jaime, trad. III. Título.
CDD 940.53

Los mitos de la Segunda Guerra Mundial 2

Título original: *Les mythes de la Seconde Guerre Mondiale 2*

© Éditions Perrin, 2017

Traductor: Jaime Arrambide

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2018

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elatenio.com - www.editorialelateneo.com.ar

ISBN 978-950-02-0957-1

1ª edición: agosto de 2018

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Impreso en Grupo ILHSA S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en agosto de 2018.

Índice

Introducción	9
1. 1000 victorias aéreas y 100.000 muertos: los mitos heroicos de la primavera de 1940, <i>Vincent Bernard</i>	13
2. Entre 1940 y 1944, Vichy protegió a Francia, <i>Bénédicte Vergez-Chaignon</i>	25
3. Los alemanes casi ganan la batalla de Inglaterra, <i>Jean-Christophe Noël</i>	39
4. La marina japonesa era temible, <i>Pierre Grumberg</i>	59
5. Los alemanes no tomaron Moscú por culpa del invierno, <i>Lasha Otkhmezuri y Jean Lopez</i>	73
6. El régimen de Vichy protegió a los judíos franceses sacrificando a los judíos extranjeros, <i>Robert O. Paxton</i>	95
7. Hitler, ¿un jefe infalible?, <i>Johann Chapoutot</i>	111
8. Los FTPE, punta de lanza de la resistencia armada en las zonas urbanas, <i>Franck Liaigre</i>	129
9. Stalingrado, momento bisagra de la Segunda Guerra Mundial, <i>Lasha Otkhmezuri y Jean Lopez</i>	141
10. Los italianos, ¿ocupantes amables?, <i>Davide Rodogno</i>	161

11. Los homosexuales de Europa fueron deportados, <i>Régis Schlagdenhauffen</i>	175
12. La batalla de Midway, el punto de inflexión decisivo de la Guerra del Pacífico, <i>Pierre Grumberg</i>	187
13. Suiza, país neutral, <i>Marc Perrenoud</i>	201
14. Patton, el mejor general norteamericano, <i>Nicolas Aubin</i>	215
15. El corazón de la Francia Libre latía en Londres, <i>Eric Jennings</i>	229
16. La propaganda jugó un papel decisivo durante la Segunda Guerra Mundial, <i>Christian Delporte</i>	243
17. El mundo árabe deseaba la victoria del Reich, <i>Christian Destremau</i>	257
18. El Partido Comunista Francés no quiso tomar el poder después de la Liberación, <i>Philippe Buton</i>	273
19. Los soviéticos se alzaron con la victoria gracias a su número, <i>Benoist Bihan</i>	285
20. El bombardeo de Hiroshima fue por lejos el más mortífero que Japón haya sufrido jamás, <i>Constance Sereni</i>	301
Acerca de los autores	313

Introducción

El formidable interés que suscitó en los lectores *Los mitos de la Segunda Guerra Mundial* nos llevó a proponer un segundo tomo. Si bien los temas son diferentes, el espíritu es el mismo: desenmascarar los mitos, leyendas e ideas recibidas que obstaculizan y deforman la percepción de ese conflicto bélico, y que lamentablemente están muy extendidos. ¿Cómo puede ser, se preguntarán algunos, que las falsedades predominen a tal punto? ¿Pero qué hacen los historiadores? Los historiadores hacen su trabajo, pero no olvidemos que, al igual que el público en general, son prisioneros de su época, de sus encrucijadas, de sus prejuicios y percepciones, que flotan en el aire como el polen, del que es muy difícil escapar. Aunque la voz de los historiadores fuese siempre absolutamente justa, nunca dejaría de ser una más entre tantas otras. ¿Acaso podría ser de otra manera? No solo el recuerdo y la interpretación, sino incluso el simple relato de la Segunda Guerra Mundial son un inmenso campo de batalla en el que se han enfrentado, desde el fin de las hostilidades o incluso desde antes, los mensajes y los emisores más diversos, y también los más contradictorios.

El primero de esos emisores fue la propaganda de la época de la guerra, o más bien las propagandas, cada bando con su propia canción, compuesta ya fuese en Washington, Londres,

Moscú, Berlín, Roma o Tokio. En la posguerra, los vencedores impusieron su visión de la historia, pero la escribieron de dos maneras: por un lado, la de los soviéticos y sus adeptos del “bando socialista”, y por el otro, la de los occidentales, ambas contaminadas por los nuevos desafíos que planteaba la Guerra Fría. En el seno de ambos bandos productores de historia(s) intervinieron también otros factores, ya que debieron integrar la propia “novela” de cada nación, es decir, la historia de su actuación durante los años negros, revisada a la luz de su reconstrucción material y moral. Pensemos si no hasta qué punto difiere el relato en los libros de memorias de Churchill y de De Gaulle. En Europa Oriental, esa reconstrucción se prolongó hasta el período 1990-2017, ya que fue necesario decapar cincuenta años de historiografía comunista y con frecuencia repintar todo con los colores de los nacionalismos resurgentes, ya se tratase del pacto germano-soviético, de la Shoah o del colaboracionismo.

Para terminar de complicarlo todo, los estadounidenses también invitaron a escribir a sus antiguos enemigos, los alemanes del oeste, convertidos, por obra y gracia de la Guerra Fría, en sus nuevos aliados. Entre ellos, buscaron recetas, y a veces razones, para combatir al nuevo enemigo, los soviéticos. De paso, los generales alemanes, conducidos por el ex jefe del Estado Mayor de las fuerzas terrestres, Franz Halder, aprovecharon para venderles su propia versión de los hechos. En la década de 1950, cualquier libro publicado por un ex miembro de la Wehrmacht se convertía *ipso facto* en un best-seller mundial. Basta con buscar en cualquier sitio de venta de libros que hay en internet los nombres de Guderian, von Manstein, Rudel o von Mellenthin, para

quedarse pasmado ante la avalancha de reediciones y traducciones de sus obras.

A eso hay que agregarle que alrededor de la Segunda Guerra Mundial se construyó una importante cultura popular, canalizada por los medios masivos de comunicación. La mayoría de las veces, esa cultura popular ignora los hallazgos de la investigación académica, lo que genera una competencia de memorias. Y es comprensible: la Segunda Guerra Mundial es el tema de oro por excelencia, y así seguirá siendo por mucho tiempo más, por su riqueza en peripecias, por sus misterios reales o falsos, por sus variados crímenes, sus traiciones, sus actos heroicos, sus excepcionales protagonistas y sus consumados villanos... A un guionista poco le importa la última publicación de La Sorbona al respecto. Basta recordar las barbaridades difundidas por la literatura de entretenimiento de las décadas de 1960 y 1970, entre cuyos autores más distinguidos se cuentan los nombres de Paul Carell, Guy Sajer o Sven Hassel. El cine no se quedó atrás: produjo miles y miles de ficciones sobre esa guerra, y en todos los idiomas imaginables. En las décadas de 1980 y 1990, a esa legión se sumaron los editores de juegos bélicos y más tarde los de videojuegos, seguidos por los ucronistas, los reconstructores de época, los blogueros, foristas y comentaristas de los sitios web en ese inmenso archipiélago que es internet.

Pero en medio de esa agitada obra en construcción, donde todo el tiempo se reciclan ideas falsas, mitos y leyendas, la investigación siempre empujó su roca de Sísifo. Las veinte contribuciones que siguen a continuación fueron escritas con ese espíritu: partir de una creencia que parece arraigada en toda o gran parte de la gente, y confrontarla con el trabajo de los historiadores. El lector juzgará el

resultado del cotejo de los documentos históricos de la guerra con sus mitos, que, como bien sabemos, aún se resisten a desaparecer.

JEAN LOPEZ y OLIVIER WIEVIORKA



1000 victorias aéreas y 100.000 muertos: los mitos heroicos de la primavera de 1940

Vincent Bernard

La visión mitificada de un hecho histórico parece echar raíces con más facilidad cuando se sustenta en una cifra evocadora que le da cuerpo y la valida intuitivamente. Si el Partido Comunista francés era considerado “el de los 75.000 fusilados”, ¿cómo cuestionar el lugar que ocupó en la Resistencia y la ambigüedad de su rol incluso hasta junio de 1941? En otro género de cosas, si los Estados Unidos estaban dispuestos a consentir “un millón de muertos” para conquistar Japón, ¿cómo discutir su decisión de utilizar la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki? Pero parece ser que el número de fusilados durante la ocupación de Francia por los alemanes ronda los 5000, un millar de ellos en el fuerte del Mont Valérien. También parece que “el millón de muertos” previsto para una invasión a Japón fue una cifra inventada como eslogan sensacionalista, y que jamás estuvo en la mente del más pesimista de los militares norteamericanos...

La traumática derrota francesa de la primavera boreal de 1940 es particularmente rica en esos mitos contumaces, “con cifras” o no. Y es especialmente cierto que el año “40”, a pesar de ser uno de los principales ejes memoriales del siglo xx, hasta nuestros días no ha podido ser considerado con tranquilidad, y que ha sido

objeto de debates apasionados, bajo un prisma al menos tan ideológico como verdaderamente histórico. Como resultado, más que aclararse las cosas se oscurecen, en especial porque en el caos de la derrota, numerosos archivos se perdieron total o parcialmente. Para limitarnos a la dimensión militar, siempre es difícil sustraerse de la leyenda negra de un ejército francés en fuga ante el avance de la Wehrmacht, en beneficio de una visión más matizada, que destaque los verdaderos momentos de valentía, o incluso de heroísmo, como los que se vivieron en Gembloux, en Stonne, en Lille, a la ribera del Loira o en los Alpes... En ese sentido, un ejemplo de mito material que en las últimas décadas fue perdiendo sus lentejuelas –al menos en el ámbito de los historiadores–, es el de los tanques. En efecto, la pretendida superioridad numérica de los Panzer alemanes fue una creencia ampliamente aceptada durante mucho tiempo: según dijo básicamente De Gaulle en junio de 1940, el ejército francés habría sido aplastado por 6000 tanques; según la fiscalía del proceso de Riom de 1942, en un intento por poner en duda los esfuerzos del Frente Popular para rearmarse, los Panzer eran 8000; según los acusados, que intentaban defenderse, eran 4000 o a lo sumo 5000; “5000 tanques alemanes contra 3200 franceses”, afirma incluso una obra enciclopédica en los años de la posguerra. Pero lo cierto es que el 10 de mayo de 1940, la Wehrmacht atacó hacia el oeste con tan solo 2574 Panzer, y debió enfrentar a más de 3000 modernos tanques aliados, por lo general mejor armados y mejor blindados que los alemanes. No es ese el propósito de este libro, pero a partir de ahora sería bueno empezar a buscar otras explicaciones –y son numerosas– para el desastre, que no lo atribuyan a la inferioridad numérica o a las falencias de la producción industrial. Ese cambio

de perspectiva recién empezó a operarse realmente a principios de la década de 1990.

¿Cómo nacen esos mitos? No siempre es fácil remontar su hilo conductor ni comprender su génesis. En cuanto a los tanques, se puede culpar sin duda a las lagunas de los partes militares, relacionadas con la fuerte dimensión psicológica de los hechos. Aquí hemos elegido examinar con mayor profundidad otros dos mitos del mayo-junio de 1940, que están conectados y al mismo tiempo netamente diferenciados: por un lado, las “1000 victorias” que habría logrado la aviación francesa sobre la Luftwaffe, y por el otro, un mito más trágico y de significado memorial más profundo, a saber, el de los “100.000 soldados franceses caídos”, que nos devuelve la imagen muchas veces mencionada de una “batalla de Francia” aún más mortífera que “los peores momentos de 1914”.

¿1000 VICTORIAS PARA LA FUERZA AÉREA?

Al parecer, el mito de las “1000 victorias” tiene su origen en los informes redactados por los responsables de la fuerza aérea de 1940, en primer lugar, por su comandante en jefe, el general Vuillemin. Tras la derrota francesa, Vuillemin subraya claramente la magnitud de los resultados obtenidos por sus subordinados: 982 aviones alemanes caídos, 800 de los cuales son abatidos en combate y 200 por obra de la defensa antiaérea, todo redondeado en un impresionante balance de “1000 victorias”. Para la joven fuerza aérea francesa, independiente recién a partir de 1933, el trauma que debe superar es doble: no solo había sido vencida, herida y acusada de tener una importante responsabilidad en la

derrota a pesar de su verdadero espíritu de sacrificio, sino que parecía destinada a esa desaparición lisa y llana que ansiaban los alemanes. Su urgencia entonces era preservar un sólido espíritu de cuerpo y valorizar una tradición que allanaría el camino hacia un futuro renacimiento: 1000 victorias a pesar de la derrota, he aquí un eslogan claro, capaz de teñirlo todo de gloria. Mejor aún: las pérdidas que le habían infligido a la Luftwaffe habrían jugado un papel decisivo en la batalla de Inglaterra, al limitar drásticamente los recursos ofensivos de los alemanes. La fuerza aérea francesa, entonces, había sido implícitamente coganadora de la batalla de Inglaterra. Hay que admitirlo: al final de la guerra, era muy tentador prolongar aquel mito nacido en 1940...

En la literatura de la segunda posguerra, esta cifra emblemática de las “1000 victorias” aparece bajo diversas formas, e incluso en el año 1990 fue título de un libro señero del ex piloto Jean Gislou. Es una frase citada con bastante frecuencia sin detenerse mucho en ella y sin mayores explicaciones, a veces extendiéndola al conjunto del período que va de septiembre de 1939 a junio de 1940, a veces atenuándola un poco cuando se subraya que 250 de esas victorias solo fueron “probables”. La obra enciclopédica de 1951 ya citada anteriormente con referencia a los tanques, que lleva un prefacio del general Weygand y que sintetiza los conocimientos –plagados de lagunas– de la época, en su entrada “aviación”, a cargo del coronel Paquier y del teniente coronel Bloch, sigue indicando que “más de 1000 aviones alemanes fueron derribados por las fuerzas francesas: 800 por los pilotos de caza, el resto por la defensa antiaérea”. En 1975, la célebre revista de aviación *Icare* le atribuye a los cazas el mérito de “906 victorias”, mientras que en la misma época, en la *Revue historique des*

armées, Patrice Buffotot y Jacques Ogier reducen quizás por primera vez esa estimación a apenas 853 victorias, de las cuales 120 habrían sido obra de la defensa antiaérea. Sin embargo, en su conjunto, la cifra de 1940 sigue siendo tomada mayormente por válida, y suele citársela como tal.

Suele olvidarse que entre mayo y junio de 1940, Francia no luchó sola. Por un lado, en la campaña intervinieron diferentes elementos de las fuerzas armadas inglesas –incluidas las unidades metropolitanas del Mando de Caza durante la batalla de Dunkerque– que en el transcurso del período se adjudicaron no menos de 821 victorias. A ellas se les agregan 525 victorias reivindicadas por los holandeses, cifra enorme, pero que se puede explicar parcialmente porque incluye varios centenares de aviones de transporte Junker 52 destruidos en tierra durante las operaciones aerotransportadas alemanas. Finalmente, las fuerzas aéreas belgas se adjudicaron por su parte un centenar de victorias. La suma es clara: $982 + 821 + 525 + 100 = 2428$. Aunque sea aproximado, ese es el número de aeronaves que habría perdido la Luftwaffe si se les creyera a sus adversarios, lo que se corresponde con cerca de la mitad del parque aéreo que poseían los alemanes en 1940.

Sin entrar en polémicas detallistas a las que son afectos los especialistas y los meros aficionados, es posible constatar rápidamente que algo en esos números no cierra. Sin embargo, existen fuentes alemanas precisas que no suelen tenerse demasiado en cuenta. ¿Qué dicen? Que en mayo y junio de 1940, fueron destruidos 1428 aparatos de la cruz negra, a los cuales se pueden agregar otros 488 que resultaron solamente averiados, es decir, un total de 1916 aviones impactados. La diferencia con las

reivindicaciones de los Aliados ya es significativa, pero mucho más aún cuando se constata que únicamente 1 129 de los aparatos destruidos y 225 de los averiados (es decir, 1 354 afectados en total, y no 2428) son atribuibles a los Aliados –por cierto, una pequeña fracción fue obra de Noruega–, y el resto se perdió de forma accidental durante o fuera de las operaciones de guerra.

Por lo tanto, si los archivos alemanes desmienten categóricamente las reivindicaciones de los Aliados, ¿qué dicen los archivos franceses? En primer lugar, la sumatoria de los resultados individuales de los grupos de caza de la fuerza aérea parece corroborar aproximadamente las “1000 victorias” reivindicadas: la suma de 675 “seguras” y 244 “probables” arroja un resultado de 919, y eso sin siquiera contar las 100 a 200 victorias atribuidas a la defensa antiaérea. ¿Esos archivos mienten? Estrictamente hablando, no. Pero hay varios factores que hicieron que esas cifras “entusiastas” fuesen tendenciosas. Sin siquiera tomar en cuenta eventuales errores –entre ellos la inclusión de una parte más o menos importante de las victorias calificadas de “probables”–, y hasta posibles falsificaciones para abultar artificialmente los resultados obtenidos, hay que recordar que muchísimas victorias eran reivindicadas más de una vez. Si varios cazas dan sucesiva o simultáneamente contra un bombardero que termina cayendo a tierra, se destruye un solo avión enemigo, pero todos los atacantes se adjudican el triunfo. Esa es la causa de las enormes disparidades entre las reivindicaciones de los pilotos, los balances de las escuadrillas y la realidad de las pérdidas infligidas, disparidades exageradas con frecuencia por la propaganda y difundidas tanto en el seno de la fuerza aérea inglesa, como en la Luftwaffe, según lo muestran de manera impactante los delirantes informes

producidos durante la batalla de Inglaterra. En ese sentido, la contabilidad interna de las propias pérdidas es sin duda imperfecta, pero infinitamente más precisa y creíble que la de las pérdidas infligidas al adversario, y debe por lo tanto servir como base de análisis.

El primer historiador que parece poner en duda, a fines de la década de 1990, la grave exageración de esas “1000 victorias” es Patrick Facon, quien después de un estudio minucioso concluye que “al fin de cuentas, entre mayo y junio de 1940, franceses y británicos pueden repartirse con razón entre 800 y 850 victorias”. En proporción, las “alas francesas” deberían entonces ser merecedoras de alrededor de 450 victorias (55%). Otros estudios detallados más recientes, realizados por especialistas de la aviación como Christian-Jacques Ehrengardt o Arnaud Gillet, llegaron a cifras un poco diferentes utilizando diversas metodologías. Esas sumas oscilan globalmente entre 500 y 600 victorias, mientras que, en paralelo, la fuerza aérea francesa perdió más de 700 aviones ante los cazas o los FlaK alemanes y otros cientos por accidente o en tierra. A decir verdad, nunca se conocerán esas cifras con precisión absoluta y el debate todavía no está enteramente cerrado. Sin embargo, por lo menos existe consenso en cuanto al tema que aquí nos interesa: sin desmerecer en absoluto el espíritu de combate y sacrificio de los pilotos franceses, lo cierto es que en 1940 no se abatieron 1000 aviones alemanes en el cielo de Francia y de Bélgica, sino más o menos la mitad de esa cifra.

¿100.000 MUERTOS EN COMBATE ENTRE MAYO Y JUNIO DE 1940?

Otra cifra “redonda”, otro mito, con ramificaciones memorables e indudablemente mucho más importantes: los “100.000 muertos” del ejército francés entre mayo y junio de 1940. Más allá de ser una cifra elevada y simbólica que dejó una marca en el recuerdo de todos, ese número permitió que generaciones de historiadores –hasta los más serios– retomaran, sin verificarla realmente, la famosa comparación con la Gran Guerra: como demostración del espíritu de combate y sacrificio de las tropas, entre mayo y junio de 1940, habría habido proporcionalmente una cantidad igual, si no mayor, de soldados muertos en combate que durante las “peores horas de la Gran Guerra”. “100.000 muertos en cinco semanas de campaña –escribe todavía en 2010 un oficial francés en el foro *online* de un diario galo– representa dos a tres veces más que las pérdidas promedio durante un período equivalente de la Primera Guerra Mundial. También es un índice diario de bajas muy superior al de los alemanes en el frente del este entre junio y diciembre de 1941”.

Queda demostrado: el desafío de la memoria es particularmente difícil y da pie a muchas aproximaciones. La primera conclusión es que estas comparaciones hechas en bruto, aunque se admitiera esta cifra de “100.000 muertos”, son en el mejor de los casos azarosas. Recordemos sobre todo que en 1941, en el frente del este, así como en Francia en 1940, el ejército alemán estaba a la ofensiva, lo cual dificulta de entrada la comparación con un ejército francés que en 1940 estaba casi integralmente a la defensiva. Ante los soviéticos, en el transcurso de las cinco primeras

semanas de guerra en el este (22 de junio-31 de julio de 1941), la Wehrmacht contabilizó alrededor de 90.000 muertos en 40 días. Si la cifra de 100.000 muertos franceses en 45 días (10 de mayo-25 de junio) fuera exacta –veremos que no lo es–, entonces las “pérdidas diarias” mencionadas no representarían una diferencia importante en un período de tiempo similar, ya que arroja un total de alrededor de 2200 muertos por día. Respecto a 1914, la comparación es aún más sesgada. Durante los cinco últimos meses de 1914, mueren más de 300.000 soldados franceses, pero esas pérdidas están repartidas de una manera muy desigual en el tiempo, y se concentran principalmente en un período sumamente breve. Este se extiende desde mediados de agosto, cuando la batalla recrudece y se concentra desde Bélgica a los Vosgos (batalla de las fronteras), hasta el mes de septiembre (fin de la batalla del Marne y comienzo de la “carrera al mar”), es decir, de cinco a seis semanas, un período comparable con la duración de la batalla de mayo-junio de 1940. No obstante, durante apenas cuatro semanas –tres de ellas de combate intenso–, entre el 6 de agosto y el 5 de septiembre, el ejército francés sufre la pérdida de aproximadamente 330.000 hombres, de los cuales perecen 150.000, es decir, ¡5000 muertos por día! Esta espantosa hecatombe cotidiana parece llegar a su clímax el 22 de agosto de 1914, con la cifra de 27.000 muertos en veinticuatro horas. Hasta hoy, ese día sigue siendo el más mortífero de la historia de Francia, aunque las grandes ofensivas de 1918 por momentos se le acercaron bastante.

Pero más allá de las comparaciones morbosas, sobre lo que hay que preguntarse es acerca de la metodología utilizada. El primero en hacerlo fue Jean-Jacques Arzalier a comienzos de la

década de 2000, cuando presentó sus conclusiones durante un coloquio internacional que marcó un hito de los estudios sobre la campaña de 1940. ¿Cuál es el origen de esa afirmación según la cual entre mayo y junio de 1940 murieron en combate 100.000 soldados franceses? Proviene de varios documentos de las diversas administraciones del régimen de Vichy y retomados muchas veces después, ¡que presentaban un balance que oscilaba entre 84.000 y 128.000 muertos! Por entonces, resultaba muy tentador redondear esa cifra aproximativa en una estimación emblemática y simbólica de “100.000 muertos”, que fue retomada casi unánimemente durante las últimas décadas por la mayoría de los historiadores, y con frecuencia acompañada de un comentario comparativo con 1914. Sin embargo, desde el verano boreal de 1942, el ejército del armisticio estableció por su parte una cifra retrospectiva de las pérdidas en combate de “solamente” 52.000 muertos, un balance extraído directamente de los diarios de las marchas y operaciones de la campaña. ¿Cómo explicar estas profundas diferencias? El hecho es que al igual que con las “1000 victorias” de la fuerza aérea, durante mucho tiempo simplemente nadie se ocupó de verificar esas cifras. No obstante, en la mayoría de los análisis, las pérdidas directas de la campaña de mayo-junio de 1940 no aparecían aisladas, sino asociadas, según el caso, a las de los ocho primeros meses de la guerra (incluyendo la campaña de Noruega), a las de la marina, a las pérdidas del ejército del armisticio (en Siria, en África del Norte y en Madagascar, por ejemplo), pero también y sobre todo a los 40.000 prisioneros muertos en cautiverio en Alemania hasta la Liberación, e incluso a los 20.000 civiles víctimas directas de los combates o de los bombardeos. Utilizando diferentes métodos

de evaluación que echaron luz sobre esos errores, Jean-Jacques Arzalier concluyó, con prudencia, que las pérdidas de la batalla de mayo-junio de 1940 propiamente dichas debían oscilar entre un mínimo de 50.000 y un máximo de 90.000, “y sin dudas hacia abajo dentro de ese rango”. Desde entonces, el extraordinario trabajo de censo sistemático de las pérdidas militares efectuado bajo la égida del Ministerio de Defensa francés en el marco de la iniciativa *Mémoire des hommes* (“Memoria de los hombres”) vino a corroborar absolutamente esas estimaciones a la baja, con un cálculo total de 58.829 muertes de militares entre mayo y junio de 1940. “La cifra de 100.000 muertos, presentada y retomada durante mucho tiempo por los mejores especialistas del período, revela así su carácter simbólico”, concluyó entonces el servicio histórico del Ministerio de Defensa.

¿MINIMIZAR ES INSULTAR LA MEMORIA?

En cualquier caso, el mito de los “100.000 muertos” y, en menor medida, el de las “1000 victorias” se imprimieron profundamente en la conciencia colectiva tras la derrota, y aún hasta nuestros días, al punto de ser retomado casi sistemáticamente, de buena fe y sin mayor verificación. A veces, el procedimiento de llevar las cifras a niveles más realistas se puede interpretar como un intento de rebajar o denigrar los méritos de los combatientes de la época. Pero si bien esa crítica no tiene fundamento histórico, la cuestión también puede considerarse desde un ángulo completamente distinto. Paradójicamente, reducir el número de muertos franceses en combate entre mayo y junio de 1940, lejos de ser un

insulto a su memoria o una negación de su sacrificio, es quizás el mejor homenaje que se les pueda rendir a los combatientes en el plano militar. En efecto, Hitler declaraba que Alemania había pagado “un precio insignificante” por su victoria en el oeste en 1940. El hecho es que los 23.000 muertos anunciados en ese entonces por la Wehrmacht –cifra muy minimizada porque no incluía a los desaparecidos– ante los 100.000 franceses –sin siquiera contar las pérdidas de los Aliados–, establece una diferencia enorme de 1 contra 4, lo que resulta bastante poco elogioso para las calidades tácticas del ejército francés. Al contrario, esta diferencia táctica parece mucho menos espectacular si se relaciona el nivel real de las pérdidas alemanas, al menos 40.000 muertos (sobre un total de 61.000 muertos en el oeste entre 1939-1940), con las pérdidas del ejército francés, lo que da una proporción de 1 contra 1,5. Esa relación es perfectamente comparable con la de 1914-1918 y habla de la tenacidad que demostraron las tropas francesas en numerosas circunstancias, a pesar del catastrófico resultado. Y ya que el desafío de la memoria no es insignificante, quizás sea necesario destacar que entre 1939 y 1945, y más allá de los detalles inciertos, alrededor de 200.000 soldados de la metrópolis y del “imperio” dieron sin duda su vida portando el uniforme francés. De ellos, los 60.000 que se sacrificaron en la primavera trágica de 1940 y que durante mucho tiempo fueron olvidados o caricaturizados, merecen innegablemente todo nuestro respeto.